

Self, subjetividad y persona

José Eduardo Moreno

Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental- CIIPME –
CONICET

Pontificia Universidad Católica Argentina

Introducción

El conocimiento, la valoración y las creencias que el sujeto tiene acerca de sí mismo son un tema importante para la psicología y las ciencias sociales. Dejadas de lado como área de estudio durante muchos años, principalmente de la mano del conductismo, en la década de los 60 los temas de investigación sobre el sí mismo (las creencias y la evaluación que un sujeto tiene de sí mismo) volvieron a ser investigados.

De este modo, las nociones de autoconcepto, autoeficacia, autoimagen, autoevaluación, autoestima, autopercepción, entre otras, cobraron una notable relevancia y resurgieron con inusitada fuerza (Moreno, Resett y Schmidt, 2015).

El conductismo en sus orígenes no tuvo en cuenta a la conciencia y no le asignó relevancia a las nociones de personalidad, yo y sí mismo. De modo semejante, desde la psicología marxista, tanto en Occidente como en la Unión Soviética, se cuestionaron las nociones de interioridad, identidad y espiritualidad. Así, por ejemplo, George Politzer afirma que el “gran mérito de Watson ha sido haber comprendido finalmente que el ideal de la psicología, ciencia de la naturaleza, llevaba en sí renuncia absoluta y sin condiciones a la vida interior. Hasta entonces las psicologías objetivas no lo habían sido más que en sus prefacios, teniendo la costumbre de reintroducir en el texto nociones introspectivas, con mayor o menor ingenuidad. Watson ha comprendido que la actitud sinceramente científica exigía que se hiciese tabla rasa de todo cuanto es introspección y espiritualidad, ...” (Politzer, 1969, pp. 206- 207).

Pero desde la misma postura conductista y desde la psicología experimental, posteriormente, se empiezan a incluir nociones psicológicas que refieren a la interioridad y la subjetividad. Así, por ejemplo, Julian B. Rotter introdujo la noción de

locus o lugar de control, que en psicología se refiere a la percepción que tiene una persona acerca de dónde se localiza el agente causal de los acontecimientos de su vida. Es el grado en que un sujeto percibe que el origen de eventos, conductas y de su propio comportamiento es interno o externo a él; se refiere a la posibilidad de dominar un acontecimiento según se localice el control dentro o fuera de uno mismo (Rotter, 1954, 1966).

Estas creencias configuran la base para el comportamiento, dado que constituyen el paso previo para la planificación y ejecución de acciones orientadas a una meta, al mismo tiempo que determinan las reacciones afectivas consecuentes, causando estados emocionales de orgullo o vergüenza.

Las personas con un centro de control interno manifiestan una mayor búsqueda activa de información, decisiones más autónomas y mayor bienestar.

Es importante diferenciar el locus de control vinculado al sentimiento de competencia o de eficacia (Bandura), del locus de causalidad o sentimiento de auto-determinación (Rotter).

La teoría del aprendizaje social de Bandura, en comparación con el conductismo, tiene en cuenta una serie de procesos internos del individuo asumidos implícitamente, aunque la conducta observable continúe siendo lo más importante.

Desde la psicología social y desde el estudio de las motivaciones se observan cambios similares, de reconocimiento de la importancia de la interioridad. Así Bernard Weiner (1985, 1986), en su teoría de la atribución causal, propone tres dimensiones para explicar las atribuciones que hacen las personas, estas son:

- localización (interna-externa),
- estabilidad,
- capacidad de control (capacidad de cambiar las causas que producen determinados acontecimientos).

La identidad y el *self*

Erik H. Erikson denomina *inner sameness* (o mismidad interna) a la capacidad de seguir siendo la misma persona internamente, independientemente de las

circunstancias. Erikson ha llamado al factor de continuidad interior como mismidad, es decir el sentido del ser que va unido a la percepción de continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio, la cual está unida a la noción de que otros reconocen tal existencia.

La identidad personal también va ligada a un sentido de pertenencia a distintos grupos socio-culturales con los que consideramos que compartimos características en común.

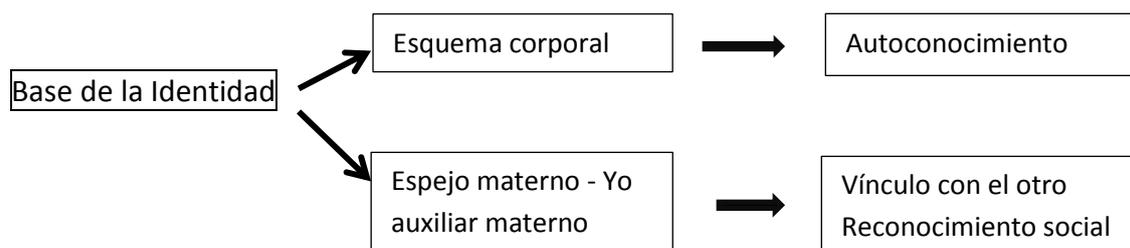
La identidad como un todo supone que existe una especie de acuerdo interior entre la identidad personal que se centra en la diferencia con respecto a los otros, en la singularidad, y la identidad social, cultural o colectiva que pone el acento en la igualdad con los demás, en el ser reconocido por los otros como semejante.

La identidad remite a:

Lo que soy:

- a un **núcleo** (centralidad) que otorga cohesión y consistencia
- a un **límite** (membrana, piel) que separa lo interno de lo externo, que otorga discriminación

Lo que no soy



Funciones maternas tempranas y el sí mismo

1- Especular

Cognición – Creencias – Autoconocimiento – El bebé de este modo comienza también a conocerse a sí mismo en el vínculo con el otro y no sólo mediante sus experiencias y percepciones corporales.

2- De protección y contención afectiva

Autorregulación emocional – tolerancia a la frustración y a la ausencia – Deseos y motivos – Permite la aceptación y autoposesión de sí mismo.

El reconocimiento de uno mismo en el espejo tiene tres momentos:

I - Confusión reflejo-realidad. Cuando un adulto enfrenta al niño ante el espejo confunde el reflejo con la realidad, así trata de aprehender la imagen, de mirar detrás del espejo para ver quién se esconde detrás. Tampoco discrimina en el espejo los reflejos de él en relación a los de su acompañante.

Además, se trata de un cuerpo fragmentado, que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad.

II - Noción de imagen. Identifica el reflejo como una imagen, es decir la discrimina como tal, distingue al objeto del objeto reflejado y, por lo tanto, cesan sus intentos de aprehender la imagen reflejada en el espejo.

III - Imagen de sí mismo. Reconoce a esta imagen como suya y la diferencia de la de su acompañante. Comienzan a partir de ese momento los clásicos juegos frente al espejo de moverse para identificar los movimientos de su propio cuerpo (18 meses).

El desarrollo del Sí Mismo

Uno de los más importantes aportes actuales a la noción de sí mismo desde la psicología es el de Daniel Stern.

Stern considera como un supuesto básico de su postura el que algunos sentidos del sí mismo existen desde mucho antes que la autopercepción y el lenguaje. Entre esos sentidos se cuentan el de ser agente, el de la cohesión física, el de la continuidad en el tiempo, el de tener intenciones en la mente (Stern, 1991).

El sentido de un sí mismo emergente (0-3 meses): durante este primer periodo de la vida el infante establece las primeras conexiones entre las distintas experiencias que vive día a día. Stern plantea que el bebé experimenta tanto el proceso de la organización que emerge, como el resultado, y es ese primer nivel del proceso de organización lo que denomina "sentido de un sí mismo emergente".

La percatación de la experiencia en este momento por parte del bebé no es reflexiva; aquí se habla del nivel de la experiencia directa, por eso no habla aún de la existencia de un sí mismo consciente. La emergencia de una organización en este momento tan temprano de la vida se experimenta a través de las competencias perceptivas que posee el bebé, y del encuentro con los cuidadores y cuidadoras primarios (López, 2011).

El sentido de un sí mismo nuclear (2-3 a 7-9 meses): hay cuatro experiencias que vive el bebé a los tres-cuatro meses que permiten la emergencia del sentido de un sí mismo nuclear y que denominada las cuatro invariantes del sí mismo:

- "agencia",
- "coherencia",
- "afectividad" e
- "historia del sí-mismo".

Para que emerja el sentido del sí mismo nuclear, son necesarias dos cosas: las oportunidades adecuadas de hallar las invariantes, y las capacidades para identificar esas invariantes e integrarlas en una perspectiva subjetiva social.

Las oportunidades para hallar las invariantes se dan en las interacciones bebé-cuidadores y cuidadoras, y hay dos características de esas interacciones que permiten crear dichas oportunidades. La primera, son las conductas sociales exageradas y moderadamente estereotípicas de los cuidadores y cuidadoras frente a sus hijos e hijas: imitación del habla del bebé, los gestos y las conductas de mirada. La segunda, la constituyen la importancia del orden y la repetición de las conductas, gestos y sonidos en la interacción con los bebés.

Para identificarse como "agencia" -agente de las acciones propias-, el niño cuenta con las capacidades de la volición (que aparece muy temprano en el periodo neonatal), la retroalimentación propioceptiva que guía los actos del bebé desde muy temprano, y la capacidad de percibir las consecuencias de sus acciones corporales.

Las capacidades para identificar la "coherencia" (sentirse no fragmentado), las constituyen fundamentalmente las capacidades perceptuales a través de las cuales puede

identificar la unidad de lugar y la coherencia de movimiento, de estructura temporal, de estructura de la intensidad, y finalmente de la forma.

Para experimentar la "afectividad" -experimentar cualidades internas pautadas de sentimiento- el infante tiene tantas experiencias a cada instante con muchos de los afectos, que llega a reconocer para cada emoción un conjunto de sucesos: "retroalimentación propioceptiva de particulares pautas motoras eferentes que desembocan en el rostro, la respiración y el aparato vocal; las sensaciones internamente pautadas de excitación o activación; y las cualidades del sentimiento específicas de cada emoción". Para Stern los afectos son una de las invariantes por excelencia del sí mismo. Basado en la teoría de Izard y en las investigaciones de Ekman, reconoce el carácter de estabilidad relativa que los afectos tienen en el desarrollo.

Finalmente, para experimentar la "historia del sí mismo" -como ser que perdura en el tiempo- el bebé cuenta fundamentalmente con la memoria. Con base en los descubrimientos relacionados con la memoria en los primeros días y meses de vida del infante, Stern plantea que el infante tiene las aptitudes para mantener una historia puesta al día de sus sí mismos "motor", "perceptual" y "afectivo", es decir, de su propia agencia, coherencia y afectividad.

Estas cuatro invariantes de la experiencia del sí mismo se integran gracias a la memoria episódica (relacionada con los sucesos autobiográficos: momentos, lugares, emociones asociadas y demás conocimientos contextuales que pueden evocarse de forma explícita), que utiliza las representaciones de interacción generalizadas RIG como unidades mnémicas básicas. Y esta integración es lo que posibilita la percatación de la experiencia tanto del sí mismo como de los otros como una unidad, como un núcleo: el sentido de un sí mismo nuclear.

El sentido de un sí-mismo subjetivo (7-9 a 15-18 meses): el infante de esta edad se da cuenta de que existen otras mentes diferentes a la de él, es decir, se da cuenta de que es un ser que posee deseos, intenciones, afectos, pero el punto crucial es el percatarse de que los otros también los poseen y de que pueden ser diferentes a los suyos.

Hay tres estados mentales que tienen importancia para el mundo interpersonal y que aparecen aproximadamente a los nueve meses de edad: poder compartir la atención, las

intenciones, y los estados afectivos. La emergencia de la subjetividad se da a partir de estos elementos.

Otro elemento fundamental en este proceso es el denominado "entonamiento afectivo", definido como la capacidad de "compartir o alinear estados internos". Dicho entonamiento afectivo surge en el intercambio infante-cuidadores/cuidadoras, cuando estos últimos emiten conductas -sin percatación consciente, y constantemente- que expresan el carácter compartido de los sentimientos (afectos discretos y de la vitalidad) con su hijo o hija. Cuando los gestos del cuidador o cuidadora se corresponden con las expresiones del bebé, se puede decir que están compartiendo o alineando estados internos.

Y esto es posible gracias a las propiedades amodales y las representaciones abstractas de las cualidades de la percepción señaladas por Bower (1974): intensidad, pauta espacial, tiempo, movimiento y número.

El entonamiento afectivo -sobre todo de los afectos de la vitalidad- le permite al infante tener la experiencia de sentir que "están con él", en el sentido de que siente que comparten a cada instante sus vivencias interiores. Esta experiencia de comunión interpersonal cumple un rol fundamental para que el niño o niña llegue a reconocer que los estados emocionales internos son, primero, una forma de la experiencia humana y, segundo, se pueden compartir con otros seres humanos. Esto es lo que marca el inicio de la intersubjetividad en el sentido psicológico.

El sentido de un sí-mismo verbal (15-18 a 24 meses): tres hechos cambian el sentido del sí mismo en este momento de la vida del infante: la capacidad para convertir el sí mismo en objeto de reflexión, para participar en acciones simbólicas, y para comunicarse verbalmente.

La objetivación del sí mismo en el infante se prueba a través de tres sucesos: Primero, que el niño o niña pueda reconocer el rostro que ve en el espejo como suyo a los dieciocho meses de vida; segundo, el uso del pronombre "yo", "mi, mío", y el nombre propio; tercero, el surgimiento de los primeros actos empáticos.

A partir de esa nueva capacidad para comprender el sí mismo como algo objetivo, y para coordinar diferentes esquemas mentales y de acción, se reconoce una

nueva: la capacidad para participar en juegos simbólicos. El infante ya puede compartir con otros tanto el conocimiento que tiene del mundo, como la experiencia interpersonal, y además puede "jugar" con ellos en la imaginación.

Finalmente, también es interesante para la reflexión acerca del sí mismo considerar los estudios de Sarah Landy (2009), que describe las etapas del autoconcepto y de la autovaloración del siguiente modo:

Del nacimiento a los 3 meses

- Sensación física o sensomotora de que se está estableciendo el sí mismo.
- Empieza a distinguir entre su yo y el yo del otro.
- Comienza a reconocerse a sí mismo como ser capaz de hacer que determinadas cosas sucedan.

4 a 8 meses

- Creciente sentido de sí mismo como ser capaz de hacer que las cosas funcionen.
- Empieza a entender la relación causa - efecto.
- Está interesado en mirar al espejo. Sonreirá y vocalizará frente a un espejo, lo tocará y jugará con él.
- Todavía tiene un interés más sostenido en el reconocimiento de la imagen de la madre en el espejo.

9 a 18 meses

- Desarrolla la capacidad de comprender los pensamientos y sentimientos de los demás.
- Aún evalúa su sí mismo en términos de lo que puede lograr.
- Diferencia claramente frente a un espejo entre su imagen reflejada y la de otra persona.

19 a 24 meses

- Cada vez tiene mayor conciencia de sí mismo y de que uno sigue siendo el mismo a través del tiempo.
- Utiliza los pronombres *yo* y *mí* y frases tales como *yo quiero* y *mío* cuando quiere algo.

- Demuestra orgullo cuando hace una tarea, le gusta mirarse en el espejo, se admira.
- Desarrolla un sentimiento de omnipotencia.
- Puede distinguir que es él y nombrarse, cuando percibe su imagen en fotos.
- Comienza a mostrar preocupación empática por los demás.

2 a 3 años

- Muestra vergüenza al ver algo que no se ajusta a la imagen que tiene de sí mismo.
- Tiene la capacidad de sentir y expresar emociones autoconscientes de orgullo, de vergüenza o de culpa.
- Habla de sí mismo y de sus acciones ("Le di una patada a la pelota").
- Puede mostrar vergüenza por no ser capaz de hacer una tarea.

3 a 5 años

- Evalúa su rendimiento ("Yo construí una torre alta").
- Puede comparar sus acciones con las de otros ("Hice un buen dibujo; él hizo mal su dibujo").
- Demuestra orgullo cuando hace algo bien o cuando gana.

6 a 8 años

- A los 8 años es capaz de evaluarse a sí mismo en varias de sus dimensiones.
- Es capaz de conocer y de comunicar cuáles son las áreas en las que puede irle bien, tener éxito.
- Compara su desempeño con el de los demás, especialmente a medida que es más consciente de la necesidad de lograr habilidades como aprender a leer y escribir su nombre.

A modo de conclusión, la psicología del desarrollo nos muestra que el saber que el hombre tiene de sí no es resultado de un acto único y total, sino de un proceso que se distiende en el tiempo. Además, el ser humano se individualiza a sí mismo en el sentido de tener conciencia de sí mismo y se diferencia de los animales que están fundamentalmente volcados hacia afuera porque no tienen desarrollado un en sí donde estar.

Referencias bibliográficas

- Bower, T. G. R. (1974). *Development in infancy*. San Francisco, California: Freeman.
- Landy, Sarah (2009). *Pathways to competence: Encouraging healthy social and emotional development in young children*. Baltimore: Paul H. Brookes Publishing.
- López, M. I. (2011). Tomasello y Stern. Dos perspectivas actuales incluyentes del Desarrollo Infantil. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 2 (9), 509 – 521.
- Moreno, J. E., Resett, S. A. y Schmidt, A. (2015). *El sí mismo. Una noción clave de la psicología de la persona humana*. Buenos Aires: EDUCA.
- Politzer, George (1969). *Crítica de los fundamentos de la psicología*. Barcelona: Martínez Roca.
- Rotter, Julian B. (1954). *Social Learning and Clinical Psychology*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- Rotter, Julian B. (1966). Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. *Psychological Monographs*, 80 (Whole N° 609).
- Stern, D. (1991). *El Mundo Interpersonal del Infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Weiner, Bernard (1985). An attributional theory of achievement motivation and emotion. *Psychological Review*, 92(4): 548-573.
- Weiner, Bernard (1986). *An attributional theory of motivation and emotion*. New York: Springer-Verlag.